



PASILLO DE LA COMEDIA:

EL CERCO DE ROMA
POR EL REY DESIDERIO.

SOberbios muros de Roma,
 arruinados y deshechos,
 alcázares, cuyas cumbres
 tocan con la punta al cielo:
 famosos anfiteatros
 solemnizados del tiempo:
 torres, puertas, calles, plazas,
 cómo no sentís que llego?
 Cómo os podreis resistir
 à las centellas del fuego
 que en vuestro peligro sale
 de mi colérico pecho?
 Si habeis oido mi nombre,
 cómo no venís cayendo?
 O no soy quien ser solia,
 ó sois de diamantes hechos.
 Yo soy aquel, cuyas obras
 sirven de espanto y de miedo,
 cuya fama adora el mundo,
 cuyo furor teme el cielo.
 Y porque me conozeais,
 soy descendiente de aquellos
 que hicieron en Babilonia
 torres contra Dios un tiempo.
 Gigante soy de su sangre,
 no menos valiente que ellos,
 y no menos poderoso,
 pues contra Roma me atrevo.
 No conozco Dios alguno,
 mi Dios propio es mi deseo,
 y por ser Dios de mí mismo,

me llaman Rey Desiderio.
 Contra las cristianas leyes
 de suerte me ensoberbezco,
 que vivo bebiendo sangre,
 si es cristiana la que bebo.
 Dónde estás, que no respondes,
 Sucesor del Galileo
 Pescadorcillo, à quien llaman
 unos Piedra y otros Pedro?
 Qué es de ti, Pastor de Roma?
 que solo à quitarte vengo
 à fuerza de armas la silla
 que los cobardes te dieron.
 Quién podrá ya defenderte
 de mi riguroso esfuerzo,
 de mi poderoso alfange,
 que ya amenaza tu cuello?
 Dicen que esperas de Francia
 no sé qué favor pequeño,
 y que Castilla te envía
 doce mil Soldados viejos.
 Mas de qué sirven Soldados!
 que me corro, vive el cielo,
 de que contra mi furor
 se atrevan dos hombrezuelos.
 Venga Francia y venga España,
 que soy el Rey Desiderio,
 de quien escribe la fama
 mil prodigiosos portentos.
 Qué fiera no me conoce,
 si tiene conocimiento,

des-

108

desde los nevados Alpes
à los montes Pirineos?
Una tigre fue mi madre,
crueldad mamé de sus pechos,
aunque en las iras me rindo,
y en las crueldades me templo.
Parió mi madre en un monte,
sin mas favor que el del cielo:
porque viniendo la noche,
sus criados la perdieron;
viéndose en tanto peligro,
y sin humano remedio,
los brutos al parto llama,
y así los brutos la oyeron.
Porque una inhumana tigre
que andaba buscando cebo,
à las dolorosas voces
vino con el parto à un tiempo.
Yo cai en tierra llorando
(que el que nace, llora luego)
y el animal à mis gritos
eriza el pintado cuello,
los menudos dientes cruge,
y haciendo un ovillo el cuello,
al tierno llorar se arroja,
que un cruel busca lo tierno.
Con pies y boca revuelve
los tristes pequeños miembros,
y fue en efecto una tigre
la que me dió el primer beso.
Mas yo levantando el brazo,
y la bruta oreja asiendo,
dicen que la tuve un rato:
mirad qué bravo portento!
Tanto se humanó la tigre,
que siendo su pensamiento
darme muerte rigurosa,
se apaciguó, y me dió el pecho.
Pues à los crüeles brutos
sujetó luego en naciendo,

en qué socorro confías,
que baste à humano remedio?
Leonc. No importa q fieras rindas,
ni que los Alpes conozcan
tus obras de envidia llenas,
si hay envidia en tales obras.
Si una tigre te dió el pecho,
en los Reyes poco importan
bravezas de corazon,
ni señales prodigiosas.
Yo soy un Embaxador
del Padre Santo de Roma,
Cardenal de su Colegio,
y defensor de su honra.
He profesado sus armas,
porque la Silla Apostólica
me nombró su General,
y que rigiese sus tropas.
Yo pasé los montes Alpes,
y entre sus nevadas rocas
contra enemigos comunes
gané una insigne victoria.
Entré en el mar de Sicilia,
y al entrar, sus propias olas,
dando en popa à dos navíos,
calaron popas y proas.
Sustentóme el mar seis meses,
y aseguréme en sus costas
de las africanas lunas
y las longobardas coras.
Despues de grandes peligros,
grandes casos, grandes cosas,
llamóme el Papa à gran prisa,
dexé el mar, entréme en Roma,
halléle cercado y pobre,
favorecile à mi costa,
ganéle muchas ciudades,
que goza la Iglesia ahora.
Y en pago de estos servicios,
con mano franca y celosa
del

del rédito de la Iglesia
me remuneró mis obras.
Dióme en efecto un Capelo,
y con él tambien ahora
el mismo oficio exercito,
y el mismo cargo me toca.
Y en virtud de esto he venido
à ver qué quieres de Roma,
que si Reliquias pretendes,
te daré algunas devotas;
ò si no, vuélvete, Rey,

ántes que peligro corras,
que el enemigo en su casa,
por poco que pueda, enoja.
Quanto mas, que en su favor
viene ya Francia y Borgoña,
Génova, Sicilia, España,
y los de Corinto y Rodas.
Y quando nadie viniera,
Italia à quien alborotas,
para rendirte bastara,
que Italia bastara sola.

CHISTOSA RELACION:

LA BODA SOBRE EL ENTIERRO.

HAce bien en no morir-se,
sino al punto mejorarse,
qualquiera que se halla enfermo,
aunque el Dotor se lo mande:
porque si viera un difunto,
por consuelo de sus males,
lo que en su casa sucede,
así que del mundo parte,
habia de echar de rabia
las tripas y los quaxares.
Y pues estamos de espacio,
y no nos inquieta nadie,
vaya para divertirnos
una pintura de lancee.
Apenas cierra los ojos
el enfermo, à los arranques
de la muerte ò del Dotor,
que es todo uno en buen romancé
(pues donde un Médico entra,
al punto un difunto sale)
abren tanto ojo los hijos,
viendo la herencia delante:

y la muger de alegría
está que danza en el ayre.
Descerrajan los baules,
y los escritorios abren:
si dexó mucho, buen hijo;
si dexó poco, mal padre;
si hay talego, era un bendito,
un siervo de Dios, un angel;
mas si no le hay, era un bruto,
un perdido y un alarbe:
aunque por mucho que dexe,
todo poco se les hace.
Y mientras ellos gozosos
echan à la mosca el guante,
el inocente difunto,
tendido como un alarbe,
está sufriendo las vueltas
de una vieja perdurable,
que al coserle la mortaja,
le atenacea las carnes,
y de los sepultureros
despues los golpes fatales,
pues

pues del primer pisonazo,
para que el piso se iguale,
ò quede así mas seguro,
todos los cascós le abren.
Y la Viuda? haciendo el mau,
con sollozos y con ayes,
y el corazon mas alegre
que una escuela de danzantes:
toda vestida de luto,
cédula que dice al ayre:
aquí se alquila una boda,
el que quiera, que no tarde.
Viene luego una parienta
con seis docenas de pages;
no para darla consuelo,
sino solo para hartarse
de dulces y de bebidas,
melindres y chocolate.
Y la dice: ay hija mia!
contéplote en este lance
traspasada de dolores;
ello la pérdida es grande:
q̄ se ha de hacer! Dios lo ha hecho,
es menester conformarse;
mañana iremos nosotras:
este mundo, ya se sabe,
que de sí no da otra cosa;
hija, no hay que congoxarse.
Viene despues un Usía,
de estos que viven del ayre,
dando pésames por fuerza,
y enorabuenas de valde,
y frunciendo los hocicos,
extático de semblante,
le dice: acompaño a usted
en el sentimiento grave
de la muerte de Don Pedro:
qué galan era! qué afable!
qué cortes! qué bien hablado!
qué prudente! qué galante!

pues à liberal (Jesus!)
no le ganaria nadie;
y quando daba un ochavo,
le cascaba un mal de madre.
Ay señores! dice entónces
la Viuda con dos mil sales!
yo no sé cómo estoy viva
con pérdida semejante!
Quién me recogerá, quién?
ya me veo yo en la calle.
Ay señorita! responde
el Usía galafate:
vaya que no faltará
quien à llevar se prepare
de tan hermosa prebenda
la dulcísima vacante.
Quién me ha de querer à mí,
dice la Viuda, entre afable
y triste; quererme à mí?
ay Jesus! qué disparate!
Y el Usía le replica
con énfasis y ademanes:
pues señora, hablemos claro,
si mi amor:- pero esto baste.
Usted quiere? Sí señor.
Pues al instante, al instante,
Y de este modo, en un punto,
sin enfriarse el cadáver,
sin serenarse los ojos,
ni bien el llanto enjugarse,
lo que era entierro, ya es boda,
y el lloro se vuelve en bayle,
el duelo en la mejor gala,
y en júbilo los pesares.
O cuánto de esto sucede,
no digo aquí, en todas partes!
Y quieren que yo me muera!
que se mueran todas ántes;
digan conmigo amen todos,
por monacillo no falte.